

# LA FILOSOFÍA CONTRA LAS VERDADES IMPUESTAS.

## RESEÑA DEL LIBRO *ESCÉPTICOS. LOS FILÓSOFOS DE LA MIRADA ATENTA*

### DE IGNACIO PAJÓN LEYRA

Josué Manzano Arzate\*

#### A. A veces hay que negarse a poseer la verdad

Ignacio Pajón, catedrático madrileño, nos otorga otra investigación sobre un tema vigente, a saber: el escepticismo.<sup>1</sup> Para el autor, el presente es un momento que requiere nuevamente de una postura que se ayunte con el pasado, ante los hechos vertiginosos; las razones de esto las deja muy claras en el decurso del libro, describiendo qué es un escéptico, las diferentes escuelas de escepticismo y por qué el escepticismo debe tomarse en consideración por sí mismo, además de explicar con claridad los antecedentes históricos del escepticismo. Desde su óptica, nuestra época se parece mucho a la del momento en que muere Alejandro y se dispersan los ideales culturales; pero no sólo eso, con la muerte de Alejandro se mueven los límites topográficos. Lo mismo acontece en nuestros días, pues nos encontramos ante un “éxodo rural, crecimiento demográfico, nuevas formas de guerra destruyendo a la población civil, además de los enfrentamientos entre los nuevos poderes políticos-militares”.<sup>2</sup>

Para Pajón, el escepticismo es necesario y lo afirma directamente y sin reticencia alguna: “Pero, además, considero que el pensamiento escéptico por sí mismo merece atención por nuestra parte, no solo por lo que nos relata sobre el tiempo en que se produjo, sino en especial por lo que puede aportarnos para nuestra propia época, tan necesitada de capacidad crítica, de aspiración a la tranquilidad anímica y de cuestionamiento de lo asumido”.<sup>3</sup> Por otro lado, no es que el escepticismo sea propio de Pirrón o del propio

---

\* Josué Manzano Arzate. Licenciado en Filosofía por la Facultad de Humanidades de la UAEMÉX, donde también obtuvo la maestría y el doctorado en Humanidades: Filosofía Contemporánea. Fue coordinador de la licenciatura en Filosofía (2010–2012) y director de la revista *Pensamiento, papeles de filosofía*, órgano de difusión de la Academia de Filosofía. Desde 2012 es profesor de tiempo completo en la misma Facultad, con trayectoria docente iniciada en 2004. Ha colaborado en libros y revistas nacionales e internacionales, además de participar en congresos locales e internacionales. Es asesor del programa Delfín e imparte asignaturas como Historia de la filosofía del siglo XVII, Racionalismo, Empirismo e Ilustración; Curso monográfico de autor: Edad contemporánea y Antropología Filosófica, que delimitan sus áreas de investigación. Desde 2025 es Candidato a Investigador Nacional por la SECIHTI y líder del Cuerpo Académico *Filosofía del mito, religión, literatura, educación desde una perspectiva ética* (UAEM-CA-RI-2023-02).

<sup>1</sup> Ignacio Pajón Leyra, *Escépticos. Los filósofos de la mirada atenta* (Madrid: Alianza, 2026), eBook, Kobo, <https://www.kobo.com/mx/es/ebook/escepticos>.

<sup>2</sup> Pajón Leyra, *Escépticos*, 41.

<sup>3</sup> Pajón Leyra, *Escépticos*, 29.

Sócrates a su estilo; todos, de una forma o de otra, en un momento de nuestras vidas hemos sido escépticos: desde la señora que pregunta por el precio de las verduras en el mercado hasta el incrédulo en las noticias políticas, así como los ahora llamados conspiranoicos que dudan de los viajes a la luna.

Todos, de una u otra manera, queremos dejar de vivir andando por las ramas, pues el deseo de poseer la verdad o de echar raíces también se encuentra permanentemente en los hombres, ya que se construye la vida deseando poseer la verdad y la queremos construir tratando que nuestra forma de vida sea la más correcta —hablando éticamente— para que la verdad habite en la morada diseñada con la verdad.

Sin embargo, desde la óptica del escepticismo y de la forma que nos la muestra el autor en este su nuevo libro, nos enfrentamos a una nueva forma de vida en la que la posesión de la verdad no nos otorga un gramo más de certeza; más bien, «suspender el juicio» conlleva vivir de forma feliz en tanto que la verdad no habite en nuestros pensamientos, aunque esto tenga un precio que se debe pagar, pues el escéptico pasa por ser alguien muy incómodo, siempre se muestra incrédulo o incrédula. No creer en los postulados de tal o cual teoría o noticia tiene ciertas implicaciones: ser menospreciado por la mayoría o por todos los defensores de cierta noticia de momento o de cierta teoría científica. Dentro del libro encontramos una postura en la que se defiende una idea opuesta a los parámetros de la verdad: el hombre puede ser feliz mientras suspenda su juicio:

Todos ellos, todos nosotros, nos preguntamos en alguna ocasión cómo podemos estar seguros de lo que sabemos, cómo distinguir lo que sabemos de aquello en lo que estamos equivocados, e incluso qué es eso de «saber» algo. Todos dudamos alguna vez más allá, incluso, de las dudas razonables. Todos tenemos el anhelo de asentar nuestra vida sobre suelo firme y, al tiempo, todos dudamos de si ese suelo firme existe en realidad. Todos somos en algún momento de nuestras vidas lo que se puede definir en un sentido amplio como «escépticos», lo separamos o no.<sup>4</sup>

Así, Pajón nos recuerda que todos, de una u otra forma, somos escépticos; esa actitud ante el conocimiento es propia de los seres humanos. Atreviéndonos un poco a reflexionar con el autor, esto quiere decir lo siguiente: que en estos tiempos, donde la verdad vale lo mismo que la mentira y en tanto que la vida de un bebé vale menos que una bala, nos queda la filosofía escéptica como una especie de estrategia para reconsiderar que vivir bajo la ilusión de poseer la verdad es una actitud saludable, que nos da un poco de certeza; no una cartesiana, sino una certeza de la vida que va más allá de la posesión de la verdad.

## B. El prelude del escepticismo

Pajón muestra de manera precisa que en el año 323 a. C. inicia el helenismo, época histórica caracterizada por la disolución de los conceptos culturales que otorgaban estabilidad y le daban fundamento a las *polis* griegas. Estos conceptos conformaban la conciencia de ser ciudadano y, en consecuencia, de saberse perteneciente a una *polis*, fuera cual fuera su gremio o su procedencia; la presencia del ciudadano en los debates públicos era una muestra clara de la solidez de los conceptos. Sin embargo, las *polis griegas*, sus

---

<sup>4</sup> Pajón Leyra, *Escépticos*, 21.

costumbres y su lenguaje ahora se enfrentan al germen de la disolución de los límites; con este fenómeno, su identidad también se diluye al desvanecerse su cultura, ésta era la que permitía la unión de diversas ciudades:

En concreto, es ciudadano todo aquel que puede ser convocado a la asamblea de la ciudad y que tiene derecho de palabra en dicha asamblea. Así, el griego no se toma a sí mismo como individuo –noción que tiene un origen muy posterior–, sino como integrante de la ciudad porque forma parte del foro de toma de decisiones de la ciudad y es una de las voces posibles de la discusión en esa toma de decisiones [...].<sup>5</sup>

Después de esto, las circunstancias propias de la época construyen la posibilidad de un fenómeno cultural de grandes magnitudes que nuestro autor propone como «la caída de la *polis*». Esto es, una nueva forma de llevar a cabo la administración de la vida, dando paso a nuevas estructuras que ahora van a determinar al reino. Así es, asistimos al paso de la autonomía de las *polis* al gobierno de un reino, cosa ajena a la forma de vida griega; las ciudades-Estado tienen contados sus días. El libro muestra con claridad que las reuniones entre ciudadanos autónomos perdieron su influencia en las decisiones de la *polis*; ahora estas las tomaban los gobernantes de los reinos.

Un fenómeno paradójico que provocó la expansión de la cultura griega con Alejandro fue el de la unión de los griegos con los bárbaros. Los conceptos bien delimitados que los griegos manejaban a la perfección, como el de ciudadano y ciudadanía, ahora se diluyen al crearse comunidades más amplias que una *polis* griega. Esto tiene como consecuencia que el griego ahora sea un extraño en su ciudad al atravesar esa transición, pues en la base de la *polis* griega se encontraba una estructura sociopolítica que iba acompañada de una transformación de esta índole. “Alejandro, como en gran medida su padre Filipo antes que él, llevó a Grecia a una estructura política de reino, con un territorio amplio dependiente de un poder centralizado, estructura que le había sido siempre ajena a la población griega”.<sup>6</sup> El tema es amplio, y nuestro autor no repara en detalles, lo que hace que la temática de este su último libro sea bien recibida. Así que, en este apartado, sólo nos quedaría reconocer que los acontecimientos llevan a una crisis de identidad en las diferentes *polis* autodeterminadas. Para los griegos era impensable someterse a un reino; de esto se sigue que la filosofía próxima tendría que encontrar su propio cauce, como si fuera un río, por decir algo. El tiempo de la disolución de las verdades no puede crear otra cosa que algo similar: una filosofía que, paradójicamente, se jacte de encontrar un poco de felicidad en la afirmación de no poseer ninguna verdad.

### C. Qué significa ser escéptico

La explicación que el Dr. Ignacio Pajón da a la pregunta es la siguiente, palabras más, palabras menos: sin duda debemos apegarnos al término originario, “[...] cuestionar todo lo que fuera posible poner en duda”. Pero, aún más importante, para el Dr. Pajón Leyra es más relevante dudar bien, no sólo dudar por dudar. Identificar con precisión el concepto, la imagen o la estructura de la cual se debe dudar es una labor esencial; de igual manera lo es elegir el tiempo correcto para realizar la «suspensión del juicio».

---

<sup>5</sup> Pajón Leyra, *Escépticos*, 31-32.

<sup>6</sup> Pajón Leyra, *Escépticos*, 34.

Cómo comprender el escepticismo y en qué radica el ejercicio filosófico que hace coincidir a las diferentes escuelas. Para contestar estas preguntas, siguiendo el hilo del texto que nos ocupa, echamos mano de la siguiente imagen de la labor geológica: cuando vemos que una máquina excavadora abre una nueva carretera en la sierra de cualquier lugar, se hacen patentes distintos colores de tierra; cada color corresponde a distinta era geológica, esta va acompañada de distintos minerales, etc. De igual manera, el escéptico *desmonta* las distintas capas de verdad de los distintos filósofos. En el acto de refutar se encontraba la destrucción de las distintas etapas de las teorías filosóficas a las que se enfrentaban; de tal manera que dialogar con un escéptico implica tener un buen fundamento teórico para no pasar por un momento bochornoso.

El escéptico, además de un geólogo —siguiendo la metáfora planteada— que busca los metales menos valorados en las teorías de sus contrincantes, también es como un investigador implacable: “Porque el escéptico siempre está dispuesto a buscar las fallas más inapreciables y poner a prueba la estabilidad y coherencia de las teorías que escucha”.<sup>7</sup> Entonces, ser escéptico implica negarse a construir nuevas teorías, además de impugnar y objetar las teorías ya construidas por otros en sus épocas. Al seguir con su ejercicio de desmontar las capas geológicas de las verdades, necesariamente encuentra sus contradicciones, sus giros y sesgos, su falta de veracidad y, por qué no, también puede encontrar su inmoralidad.

Pajón habla de seis «fuerzas vivas»; dos de ellas nunca perdieron su *naturaleza clásica*, aun con sus desarrollos propios. Como él mismo señala, son la Academia de Platón y el Liceo de Aristóteles. Luego hay otras dos escuelas que emergieron dentro del periodo helenístico: entre ellas el estoicismo de Zenón de Citio y el jardín de Epicuro. Posteriormente están los cínicos, con sus gestos provocativos cuya influencia llega hasta la época romana. “Y por último, por fin, encontramos a los propios escépticos. De ellos no podemos decir que sean una «escuela», dado que no tienen doctrina propia, sino que más bien tendremos que decir que fueron una «corriente filosófica»”.<sup>8</sup> Los rastros de ellos los podemos encontrar hasta doscientos años después de nuestra era. Ahora, gracias a esta nueva investigación que muestra nuestro autor, percibimos la influencia de Sócrates y una actualización de los postulados del escepticismo.

#### **D. Sócrates el antimaestro y los escépticos**

La historia de la filosofía registra al menos tres imágenes de Sócrates: la de Platón, la de Nietzsche y la de Kierkegaard. Pero ahora, nuevamente aparece Sócrates —esa imagen mítica que representa a la duda como un ejercicio humano que incomoda y, con esta, despierta la *ojeriza* de muchos—. Los escépticos tienen una gran herencia intelectual de Sócrates, quien llegó a ser considerado un sabio.

Y esto es de especial importancia en el caso del escepticismo, que no podría haber llegado a existir sin el antecedente que supone Sócrates, su actitud interrogadora y refutadora, sus constantes preguntas, su nulo afán de ser considerado un «maestro» y, muy especialmente, su más conocida frase: solo sé que no sé nada, que se convertirá en lema e inspiración para los pensadores antidogmáticos de las siguientes generaciones.<sup>9</sup>

---

<sup>7</sup> Pajón Leyra, *Escépticos*, 12.

<sup>8</sup> Pajón Leyra, *Escépticos*, 13.

<sup>9</sup> Pajón Leyra, *Escépticos*, 16.

Echar por tierra los argumentos contrarios con Sócrates no sólo es su pasatiempo favorito; este ejercicio va más lejos: lo lleva a experimentar la falta de verdades absolutas con él. Su ejercicio de refutación tiene una influencia específica en su ser: la de considerar que no podía enseñar nada porque no sabe nada. De ahí que la tesis de Pajón es que Sócrates no puede ser considerado un «maestro». La ignorancia de Sócrates cae bien a los escépticos; ellos actualizan la ignorancia y la llevan a la práctica, pues los escépticos, al no saber, tienen que actuar. De tal manera que la práctica es uno de los paradigmas; se puede decir que el ejemplo arrastra. Para esto se utilizan ciertas estrategias pedagógicas, como son las anécdotas del ideal de sabio; mediante estas se intenta ayuntar un comportamiento que se adecúe a la filosofía propia. Para el escepticismo, la imagen que se utiliza es la de Sócrates:

Pues bien, en el caso del escepticismo, ese recurso al sabio se basa en una interpretación muy concreta de la sabiduría: el sabio es el que es consciente de que no sabe, como Sócrates lo era. El modelo de hombre prudente, lo que Aristóteles llamaba el *phrónimos*, es, para los escépticos, el prudente respecto a sus afirmaciones porque sabe que no conoce nada con la suficiente certeza como para afirmar tajante y dogmáticamente nada.<sup>10</sup>

Si el hombre sabio se acerca a la austeridad no es por la negación de una vida ostentosa, sino porque cultiva una austeridad y vida sencilla en la proclamación de verdades. Para el escéptico, la vida sabia es posible sólo cuando la pretensión de poseer la *verdad* se va diluyendo en el número de verdades poseídas. De cierta manera, es como una democracia intelectual: en esta todos tienen el derecho a votar porque todos saben o todos conocen. Afirma Pajón: “El escepticismo puede entenderse de entrada como la actitud opuesta a la de quien cree que lo sabe todo. Como Sócrates, el escéptico sabe que no sabe nada”.<sup>11</sup> Al deseo por saber se le trata como si fuera una fuerza instintiva que hay que domesticar; en eso radica la sabiduría del escéptico: en no considerar que sabe más que los demás.

Si alguien se atreve a decir que *sabe todo*, el escéptico le contradice afirmando que sabe poco o, al igual que Sócrates, que no sabe nada hoy, mañana y pasado mañana. Con lo anterior, el escéptico se separa de Sócrates, pues, según nos narra Platón, al menos en el *Fedón* y en la *Apología*, Sócrates está dispuesto a morir porque ha escuchado la voz de su *daimon*, que le ordena que ya puede morir porque conoce la verdad, que es buena y bella, y gracias a esta puede sufrir la injusticia que Ánito y Meleto han dejado caer sobre él. Para Sócrates, escuchar al *daimon* es conocer la verdad de la realidad; el escéptico anula toda posibilidad de conocer a esta.

Sin duda, un aporte al esclarecimiento de la filosofía antigua y sus implicaciones siempre se agradece; y se agradece más porque cumple con una doble tarea, como mínimo, un libro como éste: el de proponer una nueva actitud crítica en medio de una época detestable por su estulticia y denunciar o señalar esa petulante condición de alguien que camine de un lugar a otro y afirme que posee la verdad.

Ciertamente, nuestra época, plagada de una actividad que le arrebatara más de siete horas al día a los jóvenes de todo el mundo —nos referimos al *scroll* en la pantalla del móvil—, construye una actitud

---

<sup>10</sup> Pajón Leyra, *Escépticos*, 14.

<sup>11</sup> Pajón Leyra, *Escépticos*, 14.

detestable: la de considerar que pueden acceder a toda la información y que eso, aparentemente, ya les otorga cierta superioridad sobre todos. Pensemos un poco en los docentes que han preparado su clase durante varias horas y les ha llevado bastantes días comprender las teorías para explicarlas, y que, de buenas a primeras, un adolescente, con dos o tres minutos mediante la IA, pueda rebatir al profesor repitiendo como loro los datos obtenidos mediante la pantalla. Ciertamente, estamos ante un fenómeno que construye miles de sujetos con esa actitud: la de considerar que realmente saben. Sin duda, el escepticismo surge no porque vivamos en una época bastante lúcida, sino por las terribles penumbras que trazan las horas de uso que le damos a las pantallas durante el día.

### **E. Los diferentes rostros del escepticismo**

A lo largo del texto, Pajón nos muestra tres formas de escepticismo. El primero es aquel que indica las consecuencias evidentes, cuando ciertas cosas “no parezcan ser de un modo determinado”;<sup>12</sup> este es el de Pirrón, pero su obra se conoce gracias a que su alumno Timón la recuperó. El segundo escepticismo, que nuestro autor señala como un poco más epistemológico moderado, “considerará imposible conocer las cosas de manera absoluta pero admitirá ciertas formas de entender que unas cosas son más probables que otras”.<sup>13</sup> Esto da forma al «escepticismo académico» que desarrollaron los platónicos, cosa sorprendente, pues, siguiendo la lógica del pensamiento platónico, no podría tener cabida el escepticismo ante la idea del Bien. Aunque podemos señalar al menos dos elementos que aparecen en el texto, siempre se debe revisar con cautela todo el texto. Por ejemplo, Pajón alude al cambio que hay en todos los diálogos de Platón; ejemplo de esto son las diferentes temáticas de las obras de Platón, por un lado, y, por otro, los diferentes momentos en que aparece Sócrates en la misma obra de Platón. Por último, se alude a una tercera fase del escepticismo que aparece en el siglo I antes de nuestra era; el de esta época aceptará el nombre de «escepticismo pirrónico». Los representantes más conocidos fueron Enesidemo y Agripa, y el gran compilador Sexto Empírico; sus textos, afortunadamente, han llegado hasta nuestros días, lo que sirve de fuente fidedigna de la viveza de este pensamiento.

Sin duda, esta reseña tiene que mencionar las partes de las que está constituido este texto, pero sólo para hacer la invitación a revisar el trabajo que el Dr. Ignacio Pajón ha manufacturado con claridad. De tal manera que no queda otra cosa más que mencionar las distintas partes. En este texto encontramos cuatro capítulos en los que se desarrollan de manera amplia los temas vertidos aquí: el primer capítulo se titula “Filosofía para tiempos de crisis”; el segundo, “Las raíces del escepticismo”; el tercero, “Los grandes escépticos de la Antigüedad”; y el cuarto, “El escepticismo renacido”. Todos los capítulos contienen los argumentos que dan forma al texto, apoyando una de las ideas centrales: que el escepticismo es necesario en una época gris por la falta de capacidad de revisar todas las narrativas de las redes sociales, del vecindario o de la academia. Todas ellas conforman espacios bastante consolidados por verdades que deben ser

---

<sup>12</sup> Pajón Leyra, *Escépticos*, 16.

<sup>13</sup> Pajón Leyra, *Escépticos*, 16.

desmontadas. Vaya, pues, la invitación a leer el texto que ahora nos invita a seguir hurgando en la época helénica.

## **BIBLIOGRAFÍA**

Pajón Leyra, Ignacio. *Escépticos. Los filósofos de la mirada atenta* (Madrid: Alianza, 2026).  
<https://www.kobo.com/mx/es/ebook/escepticos>.